

## EL ADIVINO

En el pueblo decían que Marcelo Céspedes era capaz de adivinar el destino de las personas. Cuando le preguntaban que qué iba a pasar, él hablaba de forma enigmática y muy pocos le entendían. A pesar de ello, decían que siempre ocurría lo que él había predicho.

Desde que habían cerrado la fábrica de muebles en el pueblo quedaba muy poca gente. Los jóvenes se habían ido a la ciudad en busca de trabajo. Los que se habían quedado estaban jubilados, tenían tierras propias o algún pequeño negocio. Una docena de hombres –entre ellos Marcelo- trabajaban en la finca del marqués. Allí se producía el mejor vino de la comarca. El trabajo era cómodo y estaba bien pagado.

Después del trabajo los hombres se reunían en el bar para echar una partida de dominó. Aquellos días andaban algo preocupados porque habían oído que el marqués quería despedir a uno de ellos. Desde la muerte de su madre quedaron en la finca trece personas y como el marqués era muy supersticioso quería evitar ese número. Los hombres comentaban preocupados su futuro. El último que había sido contratado era Marcelo Céspedes.

-Dinos cómo acabará todo, Marcelo.

-Acabará en número par –respondió Marcelo enigmático.

-¿No puedes ser más claro? –preguntó uno de los hombres.

-La claridad, amigo, no es el lenguaje de los adivinos –contestó él.

Marcelo era un hombre alto y delgado, que había pasado los cincuenta. Debía de tener muchas canas, pero para ocultar su edad se teñía el pelo con el mismo betún que usaba para los zapatos de color negro y cuando se pasaba la mano por la cabeza después dejaba una mancha oscura sobre el mármol de la mesa. Los demás lo respetaban y hacían ver que no se daban cuenta. Aún más entonces, ya que probablemente iba a perder su empleo.

Un día, poco antes de la hora de la comida, el marqués reunió a todos los hombres en uno de los salones de la casa. Todos comprendían sobre qué iba a hablarles. Marcelo estaba preparado para oír lo peor.

Para calmar los ánimos el marqués los invitó primero a un aperitivo. Sobre la mesa había unos platos con almendras, aceitunas y patatas fritas. Uno de los empleados sirvió unas copas de jerez. El marqués estaba muy serio. Los fue saludando uno a uno y conversó un poco con todos, A Marcelo le preguntó si le podía decir algo sobre el futuro.

-Señor marqués... -dijo Marcelo.

Los demás hombres dejaron de hablar para escucharlo.

-No sé si... -continuó. Estaba inseguro. Se pasó la mano por la cabeza y la palma le quedó negra.

-Algo puedes decir, ¿no? –dijo el marqués.

-Algo sí, claro. Pero quizá será demasiado fuerte para alguno de nosotros –dijo Marcelo cerrando los ojos, con una expresión muy seria. El marqués no pudo resistir la curiosidad. Le dijo:

-Cuenta, ¿qué ves del futuro?

En aquel momento pasó un cuervo por delante de la ventana, que estaba abierta. Se posó en la rama de un almendro y dio tres graznidos.

-Sí. Veo una cosa, señor marqués...

-Dígala, por favor –le pidió el patrón.

-No sé si me atrevo –dijo Marcelo mientras cerraba los ojos enigmático.

-Por favor, diga lo que sabe. ¡Se lo ruego! –el marqués no podía ocultar su curiosidad.

-Pues, una cosa es bien segura... -dijo Marcelo-. Veo que yo haré un largo viaje.

-¿Un largo viaje? Entiendo, entiendo –dijo impresionado el marqués. Y entendió que Marcelo hablaba de sí mismo, de que tendría que dejar el pueblo para buscar trabajo en otro lugar.

-Sí –continuó Marcelo mirando hacia el cuervo, que todavía estaba en el almendro-, un viaje de tres horas...

El marqués escuchaba atento. No se había equivocado. La ciudad estaba precisamente a tres horas de camino.

-Voy a tener que hacer un viaje de tres horas para venir a su entierro –dijo Marcelo bajando la vista.

Los hombres estaban quietos, como si fueran de piedra. El marqués quedó impresionado. Estuvo un rato pensativo, en silencio, mirando hacia el suelo. Se acercó luego a Marcelo, le puso la mano sobre el hombro y le dijo muy amable:

-Sabe una cosa, Marcelo, necesito a una persona en el despacho. Creo que es un buen trabajo para usted. Pero entonces tendría usted que vivir en la finca, en el piso de arriba.

Los hombres no se movían. Nadie se atrevió a decir nada. Todos miraban asombrados.

-Tendremos que buscar a otra persona para trabajar en la viña –continuó el marqués-. Quizá alguno de vosotros me pueda recomendar a alguien.

Desde entonces el marqués hizo todo lo posible para que Marcelo no se alejara de él.

Joaquín Masoliver

Historia breves para leer